

# Frente a la globalización del miedo, la globalización de la solidaridad

EDUARDO GARCÍA PEREGRÍN

De la Academia de Ciencias Matemáticas, Físico-Químicas y Naturales de Granada

El hombre, que creía poder dominar todo el universo, se encuentra frente a una situación que parece desbordarlo

**E**l pasado día 11, el director general de la OMS informó que el brote de coronavirus había alcanzado el nivel de pandemia, dado que el número de casos afectados fuera de China se había multiplicado por 13 en dos semanas y que los países afectados se han triplicado en el mismo tiempo. De esta manera, parece como si un nuevo fantasma recorriera el mundo: el miedo. En efecto, la palabra 'pandemia', si se usa incorrectamente, puede causar un miedo irrazonable que incluso puede llevar a aceptar que la lucha contra el virus ha fracasado.

Quizás el miedo sea una de las emociones más antiguas e intensas de la humanidad. La Real Academia lo define como «una perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario, o bien como el recelo o aprensión que uno tiene de que le suceda una cosa contraria a lo que desea».

Miedo tenemos todos. Pero el miedo también tiene sus grados, y no debe llevarnos al extremo de la psicosis colectiva ni individual. Uno de los rasgos más importantes del proceso de globalización en el que estamos inmersos consiste en que los sentimientos de miedo acosan cada vez con más fuerza a los habitantes de esta aldea global. Frente a esta especie de plaga, hay que oponerse con todos los medios, porque el miedo crece cuando no se le combate.

Los miedos tradicionales se alimentaban normalmente de circunstancias concretas cuyo alcance raras veces traspasaban el ámbito regional o nacional. Sin embargo, durante las últimas décadas, la situación está empezando a cambiar. El hombre, que creía poder dominar todo el universo, se encuentra frente a una situación que parece desbordarlo. Y esto puede producir consecuencias negativas: la globalización del sentimiento de miedo puede llevar a un sentimiento de miedo a la globalización, con tendencia a encerrarnos en nosotros mismos y a volver a un individualismo mal entendido en el que la única solidaridad que tenga cabida sea la del propio miedo.

A mi modesto entender, hay dos consecuencias positivas que se pueden extraer de las actuales circunstancias. Se ha dicho que el siglo XXI será el siglo de dos revoluciones: la revolución biotecnológica y la revolución robótica. La consecuencia es que tenderá a desaparecer la diferencia entre el ser humano y la máquina. Sin embargo, la diferencia reside fundamentalmente en que el ser humano es falible, inseguro, limitado y mortal; es y será vulnerable. En este sentido, hoy se habla ya de una 'dignidad vulnerable', una dignidad íntimamente ligada al reconocimiento de la vulnerabilidad



JOSÉ IBARROLA

humana, tanto en el ámbito de la macrovulnerabilidad (el planeta Tierra en su conjunto) como en el de la microvulnerabilidad (el individuo). En el primero de estos ámbitos, destaca la toma de conciencia de que este planeta, como un todo, es vulnerable y de que esta vulnerabilidad es compartida entre todos sus habitantes. No obstante, parece interesante señalar que aunque esta macrovulnerabilidad es compartida, en el sentido de que en principio nadie puede escapar de ella, es a la vez claramente asimétrica. No afecta a todos por igual. Si la globalización representa un mundo de oportunidades, de hecho éstas son oportunidades exclusivas para una cierta élite. Obsérvese, a modo de ejemplo, la pandemia del hambre.

Pero junto a esta macrovulnerabilidad compartida, hay una microvulnerabilidad individual, como una condición antropológica fundamental que implica el derecho a la protección y a la necesidad de seguridad en sentido amplio.

«Un ser humano invulnerable sería un ser inhumano, o lo que es lo mismo, sin vulnerabilidad humana no existiría ningún ser humano» (A. MacIntyre). Sin vulnerabilidad humana o sin el reconocimiento de la propia vulnerabilidad, no habría condiciones para reconocer la vulnerabilidad del otro y la demanda ética que representa. Este presupuesto antropológico tiene sus consecuencias: es el

fundamento de la sensibilidad, de la compasión, de la solidaridad.

Y así aparece la segunda consecuencia positiva de la actual situación. En los pocos días que llevamos sufriendo esta pandemia, parece haberse desarrollado otra de muy diferente sentido: la de la solidaridad. Los ejemplos de solidaridad se están multiplicando a todos sus niveles. Parece que hemos tomado conciencia de que «el desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la humanidad» (Pablo VI).

La solidaridad transforma el corazón y ayuda a transformar las estructuras mediante la creación de una conciencia de igualdad humana, la atención preferencial hacia los más vulnerables, y la vinculación con los sentimientos de compasión, gratuidad, perdón, fidelidad, etc.

En resumen, la meta de la solidaridad es el compartir todo lo que somos y todo lo que tenemos, haciendo que todos los seres humanos participen del conjunto de los bienes disponibles, en este caso de la salud considerado como un bien de todos y para todos.

Ya se oyen gritos en ese sentido: «En todo el mundo la gente está despertando a una nueva realidad... A lo grande que realmente somos... A lo que realmente importa: amar... El cielo se está despejando... Abre las ventanas de tu alma, y aunque no puedas pisar la calle vacía, canta» (R. Hendrick, OFM).